



HISTORIA DE FITO

XI CONCURSO DE CUENTOS REPSOL, S. A.

SEGUNDO PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autor: **Francisco Javier González Varela**

AÑO 1998

Las aguas andaban revueltas aquella mañana, y Fito lo intuyó antes de traspasar el umbral de la puerta. En el interior del edificio bulle un mar humano en plena actividad, como de costumbre, pero hay algo especial en el aire, una tensión, algo que Fito no está habituado a percibir. «Imaginaciones más» piensa, y poco después «Estoy delirando», cuando le asalta la misma sensación.

Antes de entrar, levanta la mirada para contemplar la maravillosa construcción que se alzaba ante él. Sus veinte pisos, apoyados en un poderoso esqueleto de acero, se recubren con cristales, permitiendo que desde el exterior se pudiese admirar la gran laboriosidad de los trabajadores de la empresa. Laboriosidad bien recompensada, por cierto: dos premios a la competitividad en los dos últimos años y unos beneficios que serían la envidia de cualquier compañía rival.

Fito se introduce en el edificio y desaparece en el interior de la gran masa humana. Sus facciones se tornan grises a medida que penetra en ella y su cara pierde toda expresión. Toma un ascensor y sube hasta la décima planta, va hasta su despacho y, una vez dentro, cierra la puerta con un gesto mecánico. La cara de Fito recobra su color habitual tras posar la mirada en un dibujo hecho por su hijo, una estúpida marioneta de colores vivos garabateada con los trazos desesperados de un niño de seis años, pegada en la pared y en una foto de su mujer que reposa sobre el escritorio. Sin darle tiempo a sentarse suena un comunicador sobre la mesa. Fito comprueba el origen de la llamada antes de

responder: «Subdirector de Sección 24». Vaya, no esperaba hablar con él tan pronto. El empleado sufre la misma transformación antes descrita; esta vez su rostro se relaja en un intento de reflejar espíritu de servicio y dedicación al trabajo.

La entrevista con el subdirector ha ido como esperaba, ha sido un éxito. La producción ha sido tan alta este mes que verá incrementado su sueldo en casi un cinco por ciento. Fito se alegra pensando en el uso que le podrá dar a ese dinero, y qué le comprará a su hijo, y a su mujer y a sus amigos. Se distrae unos instantes en estas ilusiones y de pronto se da cuenta de que ha perdido unos minutos —preciosos— con sus divagaciones. Una punzada de dolor le recorre la conciencia al comprender que ha estado faltando a su deber, e inmediatamente inicia su labor diaria muy arrepentido.

Son las ocho de la tarde. El sol se pone y el edificio adquiere un cálido color rojo. Fito está a punto de terminar sus tareas; ya está agrupando todos los folios que ha llenado hoy de cifras y caracteres en un archivador metálico. A Fito le gustaría observar el atardecer por la ventana, pero eso implicaría descuidar su trabajo, no puede: no debe. Sofoca por tanto este deseo impropio de un hombre razonable. Entonces siente la misma tensión que aquella mañana. Va a reflexionar sobre ello cuando zumba de nuevo el comunicador, con la llamada impertinente del Subdirecto de Sección 24 quien le encarga la realización de un nuevo proyecto que reportará grandes beneficios. Y Fito acepta encantado porque supondrá un fuerte aumento de sus ingresos.

Fito no cena en casa. De regreso al hogar ha parado en una pequeña cafetería, donde ingiere con desgana un bocadillo al tiempo que teclea apresuradamente en un ordenador portátil. Debe terminar el encargo del subdirector cuanto antes. A la vez va preparando su aspecto para la llegada al hogar: oscurece sus facciones y consigue que su rostro sea un fiel reflejo del cansancio acumulado durante todo el día. Así su esposa y su hijo no le molestarán y, si tiene suerte, podrá acabar el trabajo esta noche.

Ha pasado la noche, ya ha salido el sol de nuevo y Fito sigue ante la pantalla de su ordenador. Ha dormido unas pocas horas esa noche y ahora se lamenta por ese tiempo perdido. Deberá emplear el día de hoy, festivo, en acabar el proyecto para poder presentarlo a tiempo. La puerta de la habitación se abre y entra su mujer preguntándole qué quiere desayunar. El responde que no tomará nada hasta que haya acabado y ella estalla en un llanto que no se molesta en contener. Le acusa de no ocuparse de ella ni del niño, de dejarlos por su trabajo, le pregunta si es que ya no los quiere y se va, cerrando la puerta de un portazo.

Fito se gira en su silla de oficina con un gesto de asombro. ¿A qué se refería con «ocuparse de ellos»? El emplea todo su tiempo en realizar estudios, comparar gráficas, obtener resultados; así gana dinero, dinero para mantener a su familia, dinero para ellos. Era su obligación, es la obligación de todo hombre razonable mantener a su familia lo mejor posible. Lo había aprendido de pequeño, ya no recuerda muy bien dónde

ni cómo. Pero sí recuerda perfectamente cuáles son sus deberes, y que ha de cumplirlos, porque es lo justo y lo lógico que así lo haga.

¿Y qué es eso de que ya no los quiere? ¿Acaso no lo demuestra día a día, sacrificándose por ellos? Todo su tiempo lo dedica a su familia. O eso cree él.

Cierta mañana, mientras se afeita ante el espejo del cuarto de baño, Fito ve como su propio reflejo trata de rebelarse. En los labios de su figura, erguida frente a él, puede leerse una pregunta, sorda pero inquietantemente clara: «Y todo esto, ¿para qué? La sensación de inquietud y tensión se apodera otra vez de Fito; esta vez es tan poderosa que lo ciega, lo embarga y anula su voluntad. Haciendo un gran esfuerzo por sobreponerse, Fito supera esta emoción y estrangula a su reflejo, dejando que se desplome al otro lado del cristal una vez que ha muerto.

A partir de entonces Fito no podrá volver a ejecutar sus prodigiosas metamorfosis; su cara se volverá gris para siempre, sin expresión, sin brillo en los ojos.

Fito será incapaz de afrontar la verdad que él sabe que hay en su interior, pero que se niega a admitir, cada vez que sale a la luz: su vida es inútil, no sirve a nadie porque no ama a nadie.

A partir de entonces, Fito vivirá como un amargado, dominado por esta certeza, pese a negarse a admitirla.

Un día, Fito habrá muerto. Será enterrado en una esquina del cementerio, al lado de un pequeño hormiguero.